

# Ankole: donde el buen comercio se traduce en justicia y desarrollo

**Alberto Eisman Torres<sup>1</sup>**

En el suroeste de Uganda se encuentra la región Ankole, famosa por su raza autóctona de ganado vacuno, característico por sus inmensas cornamentas, posiblemente las más grandes y ostentosas del mundo. En los caminos de esta región se pueden ver rótulos que indican proyectos de desarrollo que han sido llevados a cabo gracias a fondos de la Unión Europea, de USAID, DFID o cualquier otro donante internacional. Sin embargo, cuando uno mira de manera más detenida, se da cuenta también de que hay otras iniciativas de desarrollo que no por modestas son menos relevantes y que, curiosamente, han surgido gracias a la decisión de grupos específicos de personas, las cuales cada año hacen balance de su situación local y toman la decisión de apoyar el proyecto que, dadas las prioridades más importantes, les parezca más pertinente.

Un año es la mejora de los accesos por carretera, otro un edificio multiusos para la comunidad, otro año son las casas para que los maestros de la escuela más cercana puedan tener un alojamiento digno y puedan enseñar de manera más estable y más dedicada. Cada año, se evalúa en asamblea pública lo que se ha hecho y se discute internamente acerca de los pros y los contras de los posibles proyectos a financiar el año siguiente hasta que se alcanza una decisión.

¿Quién es este grupo y cómo es que estas personas en un recóndito y aislado rincón de África tienen la capacidad de financiar proyectos de manera independiente y autogestionada? La respuesta es bien simple: son las cooperativas de cafeteros que venden sus materias primas al Comercio Justo. Los fondos para estos proyectos provienen no de un financiador internacional, sino de la prima social que cada grupo cafetero recibe después de haber vendido su café al circuito de Comercio Justo.

Medio millón de familias campesinas producen el 97% del café ugandés. Entre ellas, 4.300 familias de la región de Ankole, agrupadas en la Ankole Coffee Producers Cooperatives Union (ACPCU), decidieron hace muchos años prescindir de los “servicios” de los intermediarios a sueldo de los mayoristas y vender su café verde al sistema internacional de Comercio Justo. Las experiencias que estos cooperativistas habían experimentado hasta entonces no resultaban fáciles: con frecuencia el intermediario ofrecía un precio extremadamente bajo y lo hacía al estilo “o lo tomas o lo dejas”, así que, ante la falta de alternativas, se veían obligados a vender en el mercado convencional a merced de los precios internacionales y con poco valor añadido.

Una de las principales y más conocidas ventajas que ofrece el Comercio Justo es que cada

1. Director de Radio Wa, radio comunitaria en el norte de Uganda



Foto: Pablo Tosco / Oxfam Intermón

## **4.300 familias cafeteras se organizaron en cooperativa y prescindieron de los intermediarios al servicio de las transnacionales**

año, por la venta de sus granos de café, la cooperativa reciba una **prima social** destinada para el fin social que el grupo desee. Aquí no interviene ningún factor externo ni se involucra organización foránea alguna: las cooperativas, previo análisis y discusión abierta, son completamente libres para decidir a qué fin dedican ese fondo. De esta simple manera, estos grupos de cafeteros se convierten en dueños y señores de su desarrollo local de manera autónoma, organizada, transparente y libre. Las cooperativas tienen ya mecanismos internos para gestionar los fondos, supervisar la implementación y asegurarse de que se utilizan íntegramente para el fin elegido.

Esta no es la única ventaja que disfrutaban estas cooperativas cafeteras. El **precio** que un campesino recibe por su producto de Comercio Justo es sensiblemente mayor que en el comercio convencional. Estos productores reciben por sus granos de café hasta tres veces más que en el mercado convencional, y esto hace posible que puedan mejorar sus condiciones de vida. Según

un estudio realizado recientemente por Oxfam Intermón en la zona, la proporción de personas que vive en una casa de ladrillo (frente a la vivienda tradicional de adobe) se duplica cuando estas personas son parte de las cooperativas que venden café al Comercio Justo. Según el mismo estudio, mientras el campesino que vende al comercio convencional recibe por kilo de café kiboko (seco) la cantidad de 500 chelines ugandeses (0'14 € al cambio actual, o lo que es lo mismo un 5% del precio final), el mismo kilo de café que pasa por el Comercio Justo deja en el campesino una ganancia de neta 1.300 chelines (0'37 €, un 12% del precio final).

Los productores que venden al comercio convencional son por tanto mucho más vulnerables económicamente especialmente en situaciones imprevisibles de enfermedad o muerte en la familia, gastos extras de hijos, emergencias, etc. Además, viven en viviendas mucho peores y en condiciones más deprecadas. A pesar de todo esto, es imposible negar que hay todavía muchos campesinos que siguen vendiendo sus productos a los intermediarios convencionales.

**Reciben del Comercio Justo hasta tres veces más por sus granos de café que en el mercado convencional**

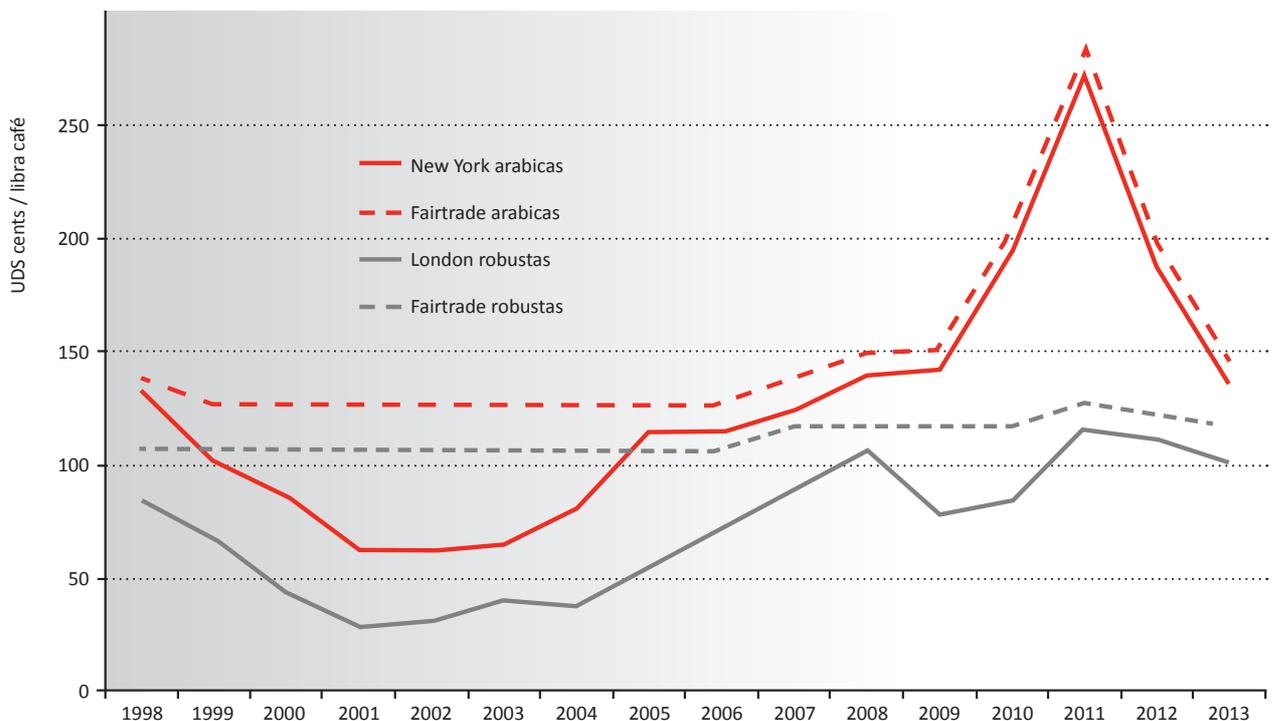
Por si fuera poco la importante diferencia de beneficios, los grupos de cafeteros de Comercio Justo cuentan además con un sistema que actúa como un “**colchón de seguridad**”, el cual les asegura un ingreso mínimo fijo sean cuales sean las circunstancias internacionales. Esto quiere decir que incluso en una situación donde el precio global del café bajara en exceso, los productores seguirían recibiendo un precio mínimo –pero no excesivamente bajo en comparación con el precio mundial– por sus productos.

Este punto no es baladí ya que, tal como ocurrió entre los años 2000 al 2005 cuando (ver Figura 1) las variedades robustas y arábicas se pagaban a un precio que apenas cubría la mitad de los costes de producción, aquella depresión de precios habría tenido catastróficas consecuencias para miles de cafeteros si no hubiera existido este colchón. Al asegurar el sistema un precio mínimo de compra, se evita que puedan caer en la ruina, mantienen su

poder adquisitivo y se previene que las economías domésticas que dependen primordialmente de la cosecha de café se vean malogradas y tengan que recurrir en momentos de crisis a drásticas medidas como arrancar los cafetales al no serles ya rentables o incluso tener que vender sus campos.

Hay otro factor esencial que se añade a lo ya dicho anteriormente: las cooperativas hacen balance al final de su año fiscal y reparten entre sus miembros los beneficios acumulados (un **dividendo** que los cooperativistas suelen llamar “segunda paga”), lo cual supone un empujón más a las siempre sufridas economías rurales una vez que se ha terminado la cosecha. Como colofón de las ya numerosas bondades de este sistema, hay que mencionar también las **formaciones específicas** que reciben los cooperativistas, un valor añadido para la mejora de la productividad y la calidad que procede también de las ganancias de la venta del café. Por último está la capacidad que tienen

Figura 1. Evolución comparada del precio del café convencional internacional y de Comercio Justo



Fuente: Oxfam Intermón

## El precio mínimo de venta funciona como colchón de seguridad para los productores

las cooperativas de ofrecer a sus miembros **créditos a bajo interés** para que puedan hacer frente a imprevistos o gastos de alguna envergadura. ¿Alguien da más?

Los hombres y mujeres que dependen del cultivo del café y que son conscientes de las ventajas que supone hacerlo evitando mediaciones son los mejores embajadores del Comercio Justo. “Cuando vendes el café a los intermediarios” dice Precious Murgu, una productora de café, “la historia termina en el punto de venta, pero cuando lo vendes a la cooperativa, puedes obtener una segunda paga. Además, obtienes beneficios, como formación o préstamos.” Cuando se les pregunta acerca de las ventajas, tienen perfectamente claro los argumentos a mencionar. El único punto que presentan como “desventaja” es el hecho de que hay que trabajar extra, puesto que hay esmerarse de manera especial con la calidad del producto, el cual es

exhaustivamente controlado por la cooperativa, pero esto no quita para que hablen llenos de orgullo al ver que su café es un producto óptimo, está reconocido internacionalmente y tiene un mercado asegurado.

Gracias a los ingresos del café, los hijos de los cooperativistas tienen asegurada la permanencia en las instituciones educativas, sus casas están hechas con mejores materiales, son más resistentes a las inclemencias del tiempo y están mejor equipadas. Las familias ven por tanto que su vulnerabilidad se reduce sensiblemente. Especialmente en el caso de las **mujeres** (que constituyen el 28% de los miembros de las cooperativas), el hecho de que tengan tierra a su nombre y puedan recibir tantos y tan diversos beneficios de sus cafetales hace que adquieran un papel social mucho más relevante y puedan ganar en respeto y en consideración, y esto en una sociedad donde todavía muchas mujeres se ven relegadas a un segundo plano y donde se les niegan muchos de sus derechos básicos. Los beneficios son por tanto no sólo económicos, materiales o creativos, sino también sociales, al mismo tiempo que son factores de cambio y transformación en ese particular contexto cultural.



Foto: Pablo Tosco / Oxfam Intermón

## ***El empoderamiento de las mujeres muestra que los beneficios no son únicamente económicos***

En Uganda, más de la mitad de la población tiene menos de 15 años, lo cual hace de este país el más joven del mundo. A este factor se le añade el hecho de que, a pesar del éxodo a las ciudades, el 85% de la población sigue viviendo en un ámbito rural (y el 27% de la misma vive bajo el umbral de la pobreza). En una situación así de crítica (extrema juventud y pobreza severa) y en el contexto particular de los cafeteros de Ankole, surge espontáneamente la pregunta acerca del famoso efecto *“trickle down”* argumentado principalmente por ideólogos neocapitalistas. Según esta teoría, los grupos económicamente más potentes de un país, al ser prósperos, hacen que la riqueza y el bienestar “se filtren” y se repartan hacia las clases medias y bajas; no siempre se ha podido probar este efecto de manera expeditiva y sigue siendo un punto de contención importante entre las diferentes escuelas de pensamiento.

Sin embargo, lo que sí demuestra esta particular situación de las cooperativas de Ankole es que la venta de café a los circuitos del Comercio Justo es una verdadera situación *win/win* donde todas las partes (menos los intermediarios, obviamente) salen altamente beneficiados: los productores generan una importante estabilidad y riqueza y los clientes últimos reciben calidad con un mínimo coste añadido. El comercio en condiciones equitativas y justas se convierte por tanto, más allá del *trickle down*, en un verdadero mecanismo de cambio y de progreso comunitario al ser de hecho un potente y efectivo motor de un desarrollo autogestionado, participativo y sostenible. Esto lo hace potenciando la capacidad productiva y generadora de riqueza de los pequeños pro-

ductores, los cuales se transforman de meros recipientes a protagonistas de su historia y de su desarrollo.

Y, como colofón, el Comercio Justo no solo demuestra que la riqueza no necesariamente se tiene que filtrar “desde arriba”, sino que puede perfectamente surgir desde aquellos segmentos sociales en principio más vulnerables económicamente y tener una penetración colateral que permee y transforme positivamente la sociedad. Las posibilidades de este sistema todavía no han tocado techo, ya que hay nuevos horizontes de penetración que se están ya explorando tales como la del café orgánico y la del café procedente exclusivamente de grupos de mujeres.

Si la posibilidad de vender al Comercio Justo se pudiera extender a más cooperativas cafeteras y a más campesinos dentro de Uganda, sin duda se transformaría radicalmente la faz de este país, el segundo exportador de café en África y donde el 20% de la población depende íntegramente de los ingresos del café para su subsistencia. Si con la venia de los grandes *holdings* alimentarios se pudiera hacer más extensivo este sistema, no queda la menor duda que Uganda necesitaría muchos menos proyectos de desarrollo y sería menos dependiente de la ayuda externa y de la cooperación internacional al generar internamente una riqueza tangible y distribuida.

Tal como lo expresa Violet Byamighisaha una cooperativista ugandesa: “mi sueño es educar a

## ***Frente a las tesis neoliberales, el Comercio Justo demuestra que las y los de abajo también pueden generar riqueza***

mis hijos, formarlos y que interioricen la agricultura que estoy practicando. Quiero que crezcan como hombres y mujeres fuertes e importantes y que sean miembros de la cooperativa. Antes de morir, me gustaría ver a mi familia transformada, pasar de una situación de pobreza a una de prosperidad.” Ese sueño de Violet no es una utopía inalcanzable, es perfectamente factible y posible si los dogmas del mercado convencional se pudieran transformar y si el comercio pudiera tener lugar en condiciones más justas y equitativas, sin cortapisas ni mediaciones interesadas, con un sistema internacional que, ofreciendo productos de calidad, limpios y ecológicos, asegurara que se respeten ciertas reglas fundamentales y que los derechos de los productores – la parte más vulnerable de la cadena de producción – no se vieran menoscabados. Una pequeña dosis de justicia y equidad en

este mundo de reglas a veces desiguales, rígidas e injustas podría ser el factor determinante que hiciera que los platillos de la balanza dejaran de inclinarse del lado que siempre lo han hecho (del de aquellos “que tienen la sartén por el mango”) y alcanzaran el equilibrio necesario que sería mejor para todos.

Algunos escépticos recalcitrantes podrán decir aquello de que “es demasiado bonito para ser verdad”, como si estuviéramos describiendo una Arcadia ideal y etérea de los medios de vida o del desarrollo... sin embargo, la paradoja es que el sistema al que nos referimos es completamente real, funciona, es sostenible y continúa produciendo beneficios para todos. El cambio fundamental es solo una cuestión de voluntad política. La pregunta del millón sigue siendo: ¿por qué es tan difícil hacer buen comercio? ●



Foto: Pablo Tosco / Oxfam Intermón